

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

¡lo que no muere...!

Manuel suspiró lentamente, con los ojos fijos en la blanca lápida de mármol, sobre cuya superficie, pulida y arañada, unas letras negras compusieron un nombre: «María». Humilde era la tumba, sin vecindad de mausoleos ni de nichos, en un rincón del pueblerino camposanto, de uno de esos cementerios a todo cielo, salpicado de cruces, con alfombra de hierba y enyesadas tapias.

Como todas las tardes de sol, Manuel hubo de atravesar el pueblo de punta a punta, avanzando por aquel caminito terroso, flanqueado de árboles, que conducía, en zig-zag a la triste morada de los muertos. Como de costumbre, también el enlutado visitante llevaba en la diestra un ramo de flores para el sepulcro de la «muy amada».

—¡Buenas tardes, don Manuel!...— decía el anciano y acartonado sepulturero al verle pasar desde su casucha, adosada a las tapias mismas del camposanto.

—¡Buenas tardes!...—le respondía maquinalmente el enlutado.

Y sin volver siquiera la cabeza, sorteando las cruces de aquel laberinto de enterramientos, dirigióse «al rincón» querido, en busca de «su» lápida...

Era aquella una «visita» muy larga, una ilusión de familiares discreteos y tiernas confidencias con la inolvidable desaparecida del mundo de los vivos. Manuel, médico, «espíritu fuerte», no osaba arrodillarse, se le antojaba teatral esa actitud y poco digna de un enamorado de «la evolución creadora»... Tumbábase sencillamente de lado sobre el césped, apoyaba el codo en el suelo y la sien en el puño de su diestra y, con un movimiento de abandono que parecía marcar el ritmo de sus pesares, iba deshojando con la mano izquierda las rosas pálidas sobre aquel nombre tan querido, ¡más grabado aún en su alma que en el mármol! En aquella actitud abstraída y yacente sorprendíanle las luces de fuego y de nácar del crepúsculo campesino y el rutilante titilar de las estrellas... En esas horas de «vida interior», de afa-

nosas correrías por los senderos del recuerdo, Manuel escudriñaba todos los rincones de su pasado... En Madrid, médico bisoño, recién salido de San Carlos... Médico humilde de varias Sociedades de barriada... Subiendo a los quintos pisos y a las guardillas, de la mañana a la noche... abrumado, rendido... ¡veinticinco duros!... «Ella», sin fortuna, desheredada como él..., en un pisito de escondida calle... viviendo esa pobreza que el rango de clase disfraza por todos los medios, ¡aun a costa del no comer!... Meses y meses de ahorro, de «hacer la hucha», depositando en ella no sólo monedas ¡muy pocas!, sino un tesoro de ilusiones, de esperanzas, de futura felicidad... ¡Casados al fin!... Del pueblecito alcarreño a la titular anhelada, con unas pesetas y una casita y unos famosos regalos «muy asimilables, trigo, gallinas, tal cual jamoncete o apetitosa ristra de chorizos... ¡Qué dos años de felicidad en su humilde refugio!... ¡Qué casita aquella tan pequeñita, tan rústica, pero tan alegre y tan iluminada por el sol sin ocaso de la felicidad!...

La muerte sintió envidias y con la punta de su guadaña aventó el nido... Una epidemia diezmó los habitantes del lugarejo, epidemia tífica que duró meses. El desierto caminito del camposanto era por aquel entonces senda de lágrimas que cada día remontaban unos ataúdes con su desolado cortejo!... ¡«Ella» hubo de sucumbir también! Y «él», con el corazón sangrante y desgarrado por la pena tuvo que seguir amordazando con heroísmo su dolor frente a los dolores ajenos, junto a los apestados y a los agonizantes, en un suicidio que suicidio no era, porque se apellidaba cumplimiento sagrado de un sagrado deber.

Desde entonces, desde aquella fecha sobrecogedora, seis meses han pasado... ¡Manuel no la olvida; bajo esa lápida de las letras negras está enterrado su corazón!... Pero... en su alma hay frecuentes trepidaciones... angustiosas miradas introspectivas... Aquella mujer, su recuerdo, lo que de ella

queda, se va alejando, casi imperceptiblemente, pero ¡se aleja!, se esfuma, en lo vaporoso... en lo lontano... en «lo que no vuelve»!...

Y Manuel siente la mortal angustia, la suprema congoja de no poder retener aquello que se va... ¡En vano busca los retratos de la «muy querida» y con esos retratos sus cartas, sus reliquias de amor, sus más íntimos y evocadores objetos! ¡En vano se recluye en la soledad y martillea con su pensamiento para incrustar en él, toda entera, la imagen adorada!...

El «hecho» brutal es más fuerte que todo, y Manuel, al reconocerlo así, balbucea con los sollozos de una desoladora renunciación.

—¡Se va!... ¡Cada vez más lejos!...

¡¡Más lejos!!... ¡¡Se irá para siempre!!... Aquella tarde, en la tremenda lucha con esa espantosa realidad... Manuel vió dentro de su cerebro una luz de esperanza...

—¡No, no he de perderla!... ¡«Ella» está ahí... detrás de esa lápida!... ¡Y es «ella», ella misma, la que era, la que fué, la que yo evoco sobre las ruinas de mi felicidad!...

De pronto, aquella luz de optimismo se apagó; aquella tabla sobre la sima partióse por medio... Manuel había descendido con el pensamiento al fondo de aquella sepultura que amorosamente contemplaba... Médico seguía paso a paso las transformaciones horribles de aquella carne, la evolución aterradora de aquel pobre cuerpo, ya solamente inmundicia, algo putrefacto y repelente... Los ojos del hombre de ciencia «veían» las diversas liquefacciones, la saponificación de aquellos músculos y el vacío horrendo de aquellas órbitas sin ojos... ¡Su risa, su voz, su mirada, su gesto, sus pasiones, lo que era «ella», no estaba allí!... ¡Allí... no estaba «ella»!...

Manuel, vencido, embrutecido por el supremo dolor, había dejado caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Pobre ser idolatrado, ya no «eres»!... ¡María de mi alma, ya no existes!... ¡Eres solo un fantasma de la Nada!...

Y escudriñando, para buscar espiritual refugio, en las brumosas horas de su niñez a sus labios vinieron, revoloteando como mariposas de la inmortalidad, unas infantiles oraciones, que

él tenía arrumbadas en los desvanes de su corazón...

Poco a poco, el descreído se fué incorporando, hasta ponerse de rodillas...

—¡Sí!... ¡Eso es lo que es morir!... ¡Resucitar, entrar en otra vida imperecedera con lo «que aquí en este» sepulcro no permanecel... Con el alma... esa alma de mi María, que yo buscaba en vano, porque de seguro está en el cielo; esa alma que volverá a unirse a ese cuerpo para ser «ella», «ella» toda, entera, por toda la eternidad!... ¡Y en esa Vida que no ha de acabar nunca, puedo encontrarla, unirme a «ella»!... ¡Oh, que hermoso es creer, Dios mío!...

Y ante el sepulcro, arrodillado, Manuel oraba, mientras un rayo del sol poniente, al iluminar el solitario cementerio, ponía un glorioso nimbo de oro a aquellas letras negras del mármol, a aquel bello y poético nombre de mujer cristiana y española: «¡María!».

CURRO VARGAS

LAS ESPIGAS QUE CAEN

Día ardiente de siega. El sol, que ha madurado las espigas, deja ya de quemar. Preludios de atardecer en el campo de Booz.

Bajo los brazos fatigados se hace lento el trabajo con que van los espigadores apartando las trojes...

Atrás, silenciosa, tímida, una mujer se inclina como un junco, recogiendo las espigas que caen.

Es Ruth, la moabita...

Lejanos están ahora aquellos días en que a su vida le sonrió el amor, allá, junto a los pámpanos dorados y las cascadas reidoras de Moab: la juventud ardiente del hijo de Noemí había sido tronchada por el designio de Jehová que segó su vida, pero la moabita gentil supo inclinarse sin rebeldías ante la voluntad suprema como se inclina ahora, mansamente, cogiendo las espigas. Porque la había iniciado Noemí en la fe santa de Israel, y la verdad divina había iluminado su alma.

Por eso lo dejó todo: amigos, parientes, patria, por seguir a la suegra pobre y solitaria, a Noemí, la mujer hebrea por quien entraron en su vida el amor y la fe.

**

Booz, el dueño de las mieses, contempla absorto a la espigadora. Y en sus ojos profundos, que saben sonreír con dulzura, queda preta su alma.

—Es Ruth, la moabita...—dice a su lado el hombre que dirige la siega.

Y Booz ordena:

—Que dejen caer las espigas a su paso, para que ella las coja sin rubor...

**

Han pasado ya más de veinte siglos, y a través de ellos—enamorado de las

almas—sigue pidiendo el Dueño de las mieses a los suyos «que dejen caer las espigas a su paso, para que otros las cojan sin rubor».

**

Sí. También hoy. La historia se repite...

No es ya el campo de Booz; es una cárcel de mujeres de Dublín, donde se lee una sentencia de muerte. La condenada, sin lágrimas ni blasfemias, impasible, no quiere consuelo humano ni divino.

Rechaza al sacerdote que va a ofrecerle el perdón de Dios. Se le pregunta su última voluntad.

No quiere nada.

—Algún encargo... algún deseo.

—Que la dejen en paz

Pero pasadas unas horas, la condenada a muerte pidió ver al Director del presidio.

Sí. Tenía un deseo.

Con intrigada curiosidad, se le interroga.

—Deseo ver al Padre que hace dos años, predicó la misión en el pueblo de Z***.

—¿No sabe usted su nombre?

—No.

—¿Ni a qué Congregación pertenece?

—No, señor. No se nada. Pero le reconocería en el acto.

Es tan sagrada la última voluntad del que va a ser ejecutado, que, en seguida, se cruzan telegramas. Llega rápida la respuesta del Párroco de Z***

«Hace dos años predicó la Misión el P. Guillermo Doyle, de la Compañía de Jesús.»

Un golpe de teléfono al Provincial de los Jesuitas, y, al cabo de unas horas, el P. Doyle, que estaba dando ejercicios a religiosas en una ciudad lejana, tiene la orden telegráfica de trasladarse a Dublín en el primer tren.

Amanecía cuando llegó a la cárcel de mujeres.

—¿Dió usted la Misión de Z***, hace dos años?

—Sí, señor

—Pues, llega a tiempo. Una mujer condenada a muerte, sin Sacramentos, ha pedido, como última gracia, verle a usted.

Al abrirse la puerta del calabozo en los ojos fríos se vió brillar por primera vez una expresión.

—El es.

Crujió la cerradura y se quedaron solos, el jesuita y la mujer criminal. No recordaba él haberla visto jamás.

—¿Asistió usted a aquella misión?

—Ni un solo día...

—¿Entonces?

—Padre. Era yo una muchacha de mal vivir. Volvía usted una noche, tarde de confesar, y nos cruzamos por la calle. Al verle, creí que caería sobre mí una mirada de desprecio. ¡Y me encuentre con la mirada mas llena de bondad que había visto jamás! Entonces, casi como una súplica, me dijo usted estas palabras: «¿Por qué ofende a Jesús, cuando El la ama?»

Sentí algo que me subía del corazón

y se anudaba en mi garganta como un inmenso sollozo. Jamás me habían mirado ni hablado así.

¿Y ese Jesús que a mí me amaba? ¿Alguien me amaba?... ¡a mí

Volví a mi casa. Y lloré. Si le ofendía yo, ¿por qué me amaba? Pasé tres días sin salir, pero, al fin, la necesidad me empujó a la calle... Seguí rodando... Me vi envuelta en un crimen... Y ahora, sola, ante la muerte, al preguntarme si tenía un deseo, volví el recuerdo de aquella frase que nunca pude olvidar: «¿Por qué ofende a Jesús, cuando El la ama?...»

Por eso le he hecho venir. Para que usted me diga quien es ese Jesús, y por qué me ama, ¡y si todavía me ama!

**

Era la espiga humilde dejada caer al paso; la palabra dicha al pasar, en una calle, que un alma había recogido como germen de vida.

**

¿Qué le diría el P. Doyle, el loco enamorado de Jesucristo, a quien así le preguntaba «quien es Jesús!» ¿Qué le diría de su bondad, de su perdón y de su amor...

Si yo hubiera sabido—decía entre sollozos la criminal que todavía no tenía veinte años, al relatar su vida, toda miserias en forma de confesión—si yo hubiera sabido, Padre, ¡no le hubiera ofendido así!

Antes de dar la absolución detuvo al Padre una duda:

—Hija, ¿está usted bautizada?

—No, Padre. No lo estoy. Mi madre aborrecía la Iglesia.

Y sintió sobre su cabeza la frescura del agua bautismal, que, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, creaba en ella un alma nueva, tan pura, tan inocente, que del patíbulo volaría derecha a los brazos de Dios, para ser feliz.

Pero quedaba más: Celebró el Padre, en altar portátil, la santa misa—allí, en un roncito de la celda pequeña—para ella sola. Y le dió a Jesús en su primera comunión.

¿Después?

Cerraduras que crujen. Voz militar que llama para ir a la muerte.

Como una iluminada, la muchachita dijo al salir:

—¡Soy tan feliz!... Sólo una cosa podría velar mi felicidad.

—¿Y es?

—Que me indultaran la pena. Tengo ansias ya de volar a los brazos de Dios.

Ya en el cadalso, la última bendición con el crucifijo, el estampido de la metralla, y un alma pura con pureza bautismal que iba derecha a Dios. Un alma que una hora antes tuvo su sitio tal vez en lo más bajo del infierno. Por sólo una palabra dejada caer al paso, como una espiga, que tuvo fuerza divina para hacer de un demonio, un ángel.

**

Dejemos caer así nuestras espigas: la palabra que lleva germen de vida, la

sonrisa que ha de mover un corazón, la hoja impresa que tal vez a distancia, llevará a un desconocido la divina inquietud de la verdad.

Que el Dueño de las mieses se enamora también de almas mendigas y quiere hacerlas sus esposas. Como Booz a Ruth, la moabita.

GLORIA.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Por dos veces, Jesús de Nazaret, levanta airado el látigo para castigar a los profanadores del Templo de Dios. Es contra los cambistas y negociantes, contra quienes desata su ira. Nunca le han visto sus discípulos en actitud tan dura y pronunciando frases tan terribles contra pecador alguno, por eso se sorprenden al contemplarle con el látigo en la mano arrojando a los explotadores del comprador de ofrendas, a los vendedores, comerciantes y plateros que con la moneda pendiente de sus orejas para ser reconocidos, manejaban con uñas afiladas los montones sonoros de moneda.

No ha querido el Maestro condenar el comercio honrado, ni el cambio de monedas y mercancías de tantos traficantes como había en Jerusalén, sino que ha querido castigar al que especula sin conciencia con las necesidades ajenas aprovechándose sin respeto alguno de todas las circunstancias entre otras la instalación de sus tiendas en la misma casa de oración como era el Templo de Jerusalén.

Los negocios, las riquezas, el afán de enriquecerse a cualquier costa sabía muy bien el Divino Maestro que iban a ser la perdición de muchos hombres en el transcurso de los siglos, por eso quiso hacer resaltar toda su más enérgica censura contra estos actos de inmoralidad que habían de traer al mundo muchas guerras, muchos odios y muchas condenaciones de almas.

Y desde entonces se han sucedido guerras, odios y muchas condenaciones de almas tal vez. El gesto duro y enérgico de Jesús de Nazaret ha sido recogido por todos los Papas que no han dudado en aconsejar y orientar a todos los hombres en tan importante problema social. Y los hombres han escuchado las Encíclicas de los Papas con gran admiración «teórica» sin aplicar sus consejos a las normas económicas de la vida.

Han considerado sus palabras como una faro, una orientación, como un ideal romántico de la Iglesia para cuando todos seamos ángeles. Y así las revoluciones se suceden, y las guerras asolan la humanidad que paga los pecados de quienes están llamados a orientar su economía en un sentido verdaderamente cristiano... y no lo hacen por el afán egoísta de una ambición que les ciega.

La revolución económica que el mundo exige fué señalada en su orientación por León XIII, y desde entonces se ha leído infinitas veces la RERUM NOVARUM y fué infinitas veces alabada como un docu-

mento de extraordinario valor social. Han pasado 20 siglos desde que Jesús de Nazaret arrojó a los mercaderes del Templo y condenó en sus predicaciones el immoderado afán a las riquezas, aconsejando la caridad, el amar a sus prójimos y remediar las desgracias ajenas y sin embargo el mundo sigue contemplando vergonzosamente las multitudes de hambrientos a los que aún no han llegado los beneficios de una acertada organización social y política orientada sobre las normas cristianas, que evite el acaparamiento de bienes en manos de unos pocos y el empobrecimiento de muchos que carecen hasta de lo más necesario. En veinte siglos no se ha podido resolver el importante problema de la satisfacción de las mínimas necesidades en la comunidad universal. Sin embargo no han faltado capitales inmensos para el lujo, la ostentación, la vanagloria, el oropel, la fiesta... y la guerra.

Individualmente las orientaciones cristianas no han servido de normas ni para la mayoría de los creyentes. Hay demasiada gente que reduce la función propia de la Iglesia a las prácticas religiosas en el Templo o en el hogar de cada uno y sin embargo la han expulsado prácticamente de la vida económica y social. ¿Qué tiene que ver, para ellos, la Ley de Dios con la de la oferta y la demanda o un balance de caja con el Evangelio?. Y hasta crearán algunos que sería perturbadora para la Economía la práctica de una doctrina social católica. Porque la Economía... ¡Ah! la Economía. Sus conveniencias, sus leyes... Sí, sí; todo muy respetable; todo muy digno de ser tenido en cuenta; todo merecedor de no ser tratado a la ligera, imprudentemente, nada más que con el corazón; pero nada de ello tan sagrado como el deber de no reducir la vida del mundo a un capítulo de hechos económicos sin alma.

La práctica nos ha enseñado a donde llega tanto fervor económico y tanta platónica admiración por las Encíclicas de los Papas. El mundo lejos de solucionar el problema económico de todos no ha hecho más que agravarlo aumentando el número de los halagados por la fortuna y también el número de los que carecen incluso de lo más necesario.

Mientras tanto siguen admirando las acertadas «orientaciones» dictadas por los Sumos Pontífices, sin ponerlas en la práctica a pesar de que éstas descienden en línea recta del Evangelio.

«¿O es que también el Evangelio será sólo una orientación?»

Jesús de Nazaret, habiase enamorado con aquel acto de hostilidad en el Templo contra los poderosos del dinero. Escribas y fariseos tenían en ellos unos grandes colaboradores para sus planes. Efectivamente, aquella misma noche, acordaron suprimir el obstáculo que les impedía la explotación de los creyentes y el tráfico vergonzoso del comercio inmoral.

Jesús, estaba condenado a muerte.

R.

Un arma de combate: la prensa.

Un medio de propaganda: la prensa.

Un transformador de ideas en los pueblos: la prensa.

FALTA UNA VEZ

A mi antiguo condiscípulo el R. P. Losantos S. J.

Con aromas de místico incensario, en una cumbre, bendiciendo al mar, se eleva majestuoso el Seminario de Comillas, vivero y relicario de servidores dignos del Altar.

La parábola incierta de mi vida, en su andar cauteloso y peregrino, tu parábola cruza allí atrevida.

Se unieron un instante; la partida otra vez separó nuestro camino,

Yo sigo caminando por un lado, por otro sigues tú, mas, con anhelo, pensando en que una vez ya se han cruzado nuestras vidas, pensamos con agrado encontrarnos, de nuevo, allá en el Cielo.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, noviembre de 1945

De la vida ciudadana

CONSEJOS

En nuestras relaciones sociales no hemos de creer que todos son derechos los que nos corresponden, sino que hay también muchas obligaciones a que someterse. Precisamente el derecho nuestro a disfrutar de ciertos beneficios obliga a los demás a que éstos derechos nuestros sean respetados, lo cual motiva una limitación en nuestra manera de obrar para con los demás.

La misma libertad, tan sagrada para el hombre, exige en los demás que sea respetada, para que a su vez, nosotros respetemos la libertad ajena. Y quien dice de la libertad, dice de cualquier otra prerrogativa a que podamos tener derecho. Y estos derechos y obligaciones propios de cada ciudadano son los que hacen armónica la vida social de los hombres.

Si atropellamos los derechos ajenos, ¿cómo vamos a exigir después que se respeten los nuestros?

A pesar de éstas normas generales de convivencia social, las circunstancias exigen la transigencia por parte de todos y el perder, a veces de nuestro derecho es una delicadeza y atención que honra a quien la practica. La consideración, el respeto, la posición social, la jerarquía familiar, son circunstancias que nos dan ocasión de practicar esta dejación parcial de derechos propios en beneficio ajeno; sin que este abandono se practique como humillación indigna, sino como cortesía o consideración.

No perderemos mucho con estas transigencias, antes bien, es muy posible que ganemos en la estimación ajena, que muchas veces cediendo parte de nuestros derechos, ganaremos en otra forma algo más de lo que hemos perdido. Y si no repasad vuestra vida y podréis observar que más habréis ganado con vuestras atenciones que con vuestras intransigencias.

J. M.

COMENTANDO

ELOGIO DE LA NARIZ

Erase un hombre a una nariz pegado.
(Quevedo).

Fué D. Francisco de Quevedo y Villegas, el ingenio español por excelencia, el que oficialmente, en documento público y notorio, determinó de una vez para siempre la importancia que en la vida del mundo tiene la nariz. Tan grande se admiró su categoría, que los gobiernos de los países más cultos aceptaron unánimes el tratarla respetuosamente en plural, y por eso se llama las narices. Y es que, aunque como aditamento es única y ejemplar, por su gran valor, representación y categoría es múltiple.

Pero he dicho mal. La he llamado equivocadamente aditamento contradiciendo al glorioso autor de «El Infierno» y «Los Sueños», cuando la realidad es la que él marca, que demuestra claramente que el aditamento de la nariz es el hombre. Y vamos a demostrarlo.

Todos los actos importantes de la vida del hombre dependen de su nariz. Cuando un hombre predice y acierta, se dice que tiene muy buen olfato. Y en sus narices, que no en otro sitio, reside este magnífico sentido. ¡Cuántas naciones y ciudades están obligadas a elevar gloriosos monumentos a las narices de sus hombres preclaros! Y cuántos comentaristas en ruina deberían cortarse la nariz!

Cuando nos pasa algo malo que ya nos lo daba la nariz, decimos, porque, eterno vigilante de sus compañeros los demás sentidos, los anuncia y los avisa;

los «da» ese algo inexplicable que le achacamos.

Pero la particularidad más gloriosa no es ninguna de las que dejo apuntadas. Nuestra valentía, nuestra decisión; nuestro empuje; nuestro coraje; no dejan de tener su nacimiento en nuestro apéndice nasal. Exigimos algo con imperio, y nuestra nariz se engalla, crece, se pone majestuosa, erguida, inflada y colorada. Y ante el aspecto nasal, se nos obedece.

No la apreciamos en todo su valor. Cuántas veces al entrar a obscuras en una habitación, nos avisa que la esquina de un armario no nos abrió la cabeza porque ella nos la defendió con un dolor profundo al recibir el golpe. En este caso, nuestro dolor, mezclado con nuestro agradecimiento, asoma a nuestros ojos. Y todavía hay ingratos que se burlan despiadadamente de las narices, quizás porque todavía no hubo un valiente que le rompiera las propias.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

La verdadera democracia

La Iglesia realizó la única igualdad posible sobre la tierra, y es la única capaz de alcanzar todas las demás: la que tienen los hombres cuando caen de rodillas delante de Dios, porque nadie más que la Iglesia se ha puesto como autoridad delante de todos los reyes y de todas las jerarquías y de todos los hombres, y ha obligado a inclinar la rodilla a un tiempo al mendigo y al emperador, cuando no ha obligado al emperador creyente a doblar la rodilla ante el mendigo sante.

MELLA.

NECESITAMOS...

Agentes de publicidad para todas las provincias y pueblos de España. Aunque en algunos de ellos ya tienen RELIGION Y PATRIA sus representantes con carácter exclusivo, no obstante, aún existen bastantes provincias españolas en las que no tenemos correspondencia alguna ni Agentes encargados de la publicidad de este periódico.

A quien interese puede escribir a nuestra Administración, donde se le comunicarán las condiciones y clase de comisión que se les asigna.

Jeroglífico núm. 22, por MORÁN:

: TA LA TRO NOTA

NOTA O E 50

A 100 1 T

¿Cómo andais de racionamiento?

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO

Imp. LA VERSAL - Gijón.